

ELEGIA DE TU BLANCA PARTIDA

Hoy regresé a la aldea con el alma vencida,
buscando inútilmente mis huellas de ceniza.
Todo encontré lo mismo: las carretas de heno
dormidas en las mansas pupilas de los bueyes.
La misma paz tediosa en las calles del pueblo
y las mismas palabras de bronce en las campanas.
Todo estaba lo mismo...
el musgo en los tejados, las ventanas cerradas,
y esa pesada carga de tristeza
que cae sin sonido,
desde la blanca torre de la iglesia.
Los sitios familiares, la voz alta del río,
parecían perdidos en el hosco paisaje
que recortaba Octubre con su cielo plumizo.

Pero faltabas tú... no encontré en el recodo
tu pañuelo temblando como ave estremecida,
ni me salió al encuentro tu sonrisa,
desde la ventana del molino.
Te busqué con los ojos solitarios
por el viejo sendero que sube hasta la ermita,
donde solías ir las tardes de domingo
—magnolias en las manos— al altar de la Virgen.

Ahora sé que has muerto, muchacha quinceañera,
y una mano de hierro me oprime la garganta.

Te fuiste con Setiembre, después del mediodía,
cuando estaba más pura el agua en las albercas

y las trojes abiertas se llenaban de trigo.
Y desde aquella tarde...
ya no se oye tu risa en el viejo molino,
ni el rumor de tus pasos subiendo la escalera.

Tu risa...

blanca escala de cera tendida hacia el ensueño,
amanecer de nardos sobre la inquieta orilla.

Tus pasos...

castañuelas errantes... furtivas panderetas,
sonora fruta caída.

Muchacha, si supieras... desde que tú te fuiste,
como pasan de tristes las horas...
como vienen de grises los días...!

La harina del molino tiene el color de tu muerte;
los árboles del huerto son monjes paralíticos;
el remanso del río ya no tiene tus manos
que arrojaban guijarros y flores amarillas.

Y tu madre... tu madre, te espera todavía,
sentada en la ventana que domina el camino.

En tu cuarto cerrado...
todo está igual que antaño, con el mismo perfume:
la cesta de costura y tu blanco corpiño;
las cintas encarnadas con que atabas tus trenzas
para ir a la iglesia en los días festivos.

Todo está llena de tí... en todos los rincones
se presiente una extraña sensación de regreso,
y la abuela me cuenta que en las noches de lluvia,
la inicial de tu nombre golpea los cristales
y el viento trae el leve sonido de tu voz.

Muchacha, si tú hubieras nacido en algún puerto,
tu recuerdo estaría navegando en las olas
y las barcas serían errantes epitafios.

Pero estabas pegada a la tierra morena
y por eso es que duermes al pié de los trigales
tu sueño sin auroras, oh viajera inefable!

Cuantos millones de hombres no apredieron tu nombre
y te llevan, no obstante, sumergida en las venas.
Porque estás en la entraña de las cosas sencillas;
en la tierna frescura del cántaro repleto,

en la luz de la estrella...
en la clara y voluble geometría del agua
y en el vuelo sonoro y fugaz de las avispas.
En la mano extendida de los ciegos
y en la primera sonrisa de los niños.

Me siento como un náufrago en la paz de la aldea,
mientras se llena mi alma de este cielo de Octubre.
Como duele tu ausencia, muchacha quinceañera...
Como duele tu ausencia, muchacha campesina!

Octubre 1951.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL